DT 07 29

Hola, buenas noches, hoy terminamos esta serie de programas que bajo el título de Formas y Géneros de la Música de Occidente hemos venido realizando desde octubre del año pasado y como último programa que es me referiré en él al tratamiento que los compositores del siglo XX han dado y dan a la forma musical en sus obras. El primero que hemos seleccionado es Bela Bartók del que estamos escuchando el concierto para orquesta. A principios de siglo los planteamientos musicales reflejaban la influencia del romanticismo del XIX, no obstante se habían producido acontecimientos como el estreno de Tristán y Solda de Wagner en 1865 cuyas últimas consecuencias tardarían todavía algún tiempo en producirse.

Formalmente pues las obras de los primeros años del siglo XX eran por lo general macro reproducciones de las de siglos anteriores, esto es evidente en el sinfonismo de Mahler y de Sibelius, pero iban a surgir otras tendencias como el impresionismo, el nacionalismo y el dodecafonismo que abrirían nuevas expectativas. El impresionismo cultiva generalmente las formas breves como el preludio y el tipo suite, esto se puede apreciar en las obras de Debussy por ejemplo. El nacionalismo se caracteriza por el empleo de ritmos y temas extraídos de la tradición de cada pueblo.

En España destacan Falla, Arbeniz, Granados y Turina entre otros, pero es en el dodecafonismo de Arnold Schoenberg donde empiezan a producirse los hallazgos más revolucionarios. Estos hallazgos darían pie a la nueva concepción de la forma que se desarrollaría hacia la mitad del siglo. La idea de serie básica en el dodecafonismo aplicada a todos los parámetros de la música produciría estructuras diferentes a las practicadas por la tradición.

El compositor clave de esta corriente de creación es Anton Weber, de él vamos a escuchar las variaciones para orquesta opus 30. Durante las primeras décadas de este siglo hubo compositores que no quisiera dejar de mencionar como Stravinsky y Hindemith, próximos en algún momento de su vida al neoclasicismo, que como su mismo nombre indica recuperaba los planteamientos clásicos de composición. Pasando ya a la música posterior a la segunda guerra mundial y después de haber adelantado la influencia que tuvo sobre ella el serialismo de Anton Weber, pasaremos a exponer la concepción que rige en el periodo que comienza en la década de los 50.

Pero antes vamos a escuchar un fragmento de la obra de Pierre Boulez, El martillo sin dueño. Lo más importante para comprender la forma de las obras de este periodo es darse cuenta de que los parámetros que prevalecen en estas composiciones no son los mismos que los de la música tradicional. Si antes lo que definía la estructura era un tema y sus sucesivas repeticiones, en la música actual son el timbre, la dinámica, el registro y la textura los que marcan la pauta de la tensión interna de la obra.

Veamos cada uno de ellos. El timbre es, digamos, el color de la sonoridad y lo define el instrumento o instrumentos empleados y la tesitura utilizada. La dinámica es la intensidad con

la que se produce la música, ya sea forte, piano, crescendo o disminuendo.

El registro es el ámbito en el que se desenvuelve. Un contrabajo, por ejemplo, es un instrumento propio del registro grave y, sin embargo, un flautín es agudo. Otros aspectos importantes son la articulación de un sonido con el anterior y el posterior y, por supuesto, la interválica utilizada horizontal y verticalmente.

Tampoco han faltado, en estos últimos años, los que han querido erradicar el concepto mismo de forma y los que han experimentado sobre formas abiertas que varían con cada interpretación. Vamos a terminar el programa de hoy y esta serie, que espero que haya resultado interesante, con una obra de Georgi Ligeti. Se trata de Lux Eterna.

Hasta siempre, buenas noches.